

pedía con vivas ansias la conversion del pecador.

¡Oh si nos resolviésemos á hacer nuestras estas disposiciones! ¡si vivamente sintiésemos que el pecado es el único verdadero mal del mundo! ¡si el hambre y sed de la gloria divina consumiese y devorase nuestras entrañas! ¡Y cuán fácil cosa es abrigar semejantes sentimientos! Bástanos para ello determinarnos á pedirselos de todas maneras á nuestro Dios y Señor. ¿Qué otra cosa desea El con tan vivas ansias como ser amado, amado siempre, amado en todas partes? Y si le pedimos este amor ¿podrá por ventura rehusárnosle? ¿Cómo, pues, no reducimos todas nuestras oraciones á una sola, y le pedimos incesantemente más amor? ¿Pero qué medios tenemos, direis vosotros, para ejercitar este dolor por las culpas ajenas?

SECCION IV.

Medios de ejercitar el amor de compasion.

1.º En nuestras meditaciones procuremos ver cómo Dios ha de ser glorificado y servido por sus criaturas: representémosnos luégo sus infinitas perfecciones y atributos, su hermosura é inefable bondad: traigámonos asimismo á la memoria la obediencia perfecta con que se hace en el cielo su voluntad santísima: esforcémosnos por unirnos á las disposiciones interiores del Sagrado Corazon de Jesus, del Inmaculado de

María, y á las de todas las gerarquías y coros angélicos: repasemos, en fin, y contemos uno por uno los beneficios que en su inefable amor ha derramado sobre sus criaturas, señaladamente en las cuatro grandes maravillas de su misericordia: Creacion, Encarnacion, Sagrada Eucaristía y Vision Beatífica. Una vez bien penetrados de todo esto, conocerémos lo que es realmente el pecado, cuán horrible cosa sea ofender á tan grande Majestad, y cuán vil y bajo ultrajar un amor tan incomparable. Apénas nos será entonces posible salir de casa y dedicarnos á nuestras ocupaciones diarias, sin encontrar alimento suficientísimo para el dolor por el pecado: á cada paso nos verémos como obligados á hacer actos de reparacion amorosa por la gloria de Dios ultrajada. El exceso del olvido de Dios llegará á asombrarnos más y más cada dia; y á medida que crezca en nosotros el conocimiento de la bondad y ternura de la soberana Majestad divina, gravitará sobre nuestros hombros la pesada carga de la detestacion de la culpa con toda la fuerza espantosa de la novedad. Esa especie de pacto comun en cuya virtud desconocen los hombres á Dios, sus derechos, títulos é intereses, llegará á parecernos más abominable que los mismos actos manifiestos de pecados: la vida será para nosotros una carga pesada y el mundo un lugar extraño é inhospitalario; un tedio santo se apoderará de nuestro espíritu, y no hallarémos reposo sino en el pensamiento dulce

y consolador de nuestro amorosísimo Dios y Señor.

2.º Otro método de ejercitar este dolor por los pecados, es el sugerido por San Bernardo al papa Eugenio (1):—«Alzad, le dice, los ojos de vuestra consideración, y contemplad las naciones. ¿No están más bien secas para el fuego, que sazonadas para la recolección? ¿Cuántas cosas no se ven en ellas que nos parecen frutos, pero que miradas de cerca, no son sino abrojos? y ni siquiera abrojos, sino árboles viejos y carcomidos, que solamente llevan fabucos y bellotas con que alimentar á los cerdos.» Tomad el mapa-mundi: tended primeramente vuestra vista por el Asia, donde nuestro Señor nació y sufrió muerte de cruz: recorred la Turquía, la Persia, la Tartaria, la China, el Japon y el vasto continente de la India, ¿cuán pocos cristianos se encuentran en toda su extensión! Horribles sistemas de idolatría, el inmundo credo mahometano, comuniones que llevan el nombre de Cristo, pero que realmente le están negando con la herejía y el cisma; hé aquí lo que ejerce un poder casi ilimitado sobre esas hermosas regiones, pues solamente acá y allá encuétrase alguno que otro que invoque el sacrosanto nombre de Jesus, y adore su preciosísima sangre. ¡Y allí, sin embargo, fué criado el primer hombre, y plantado el Paraíso! ¡allí fué la mansion del pueblo escogido! ¡allí ense-

(1) De Consid. II, cap. 6.

ñó y murió el Hijo de Dios! ¡allí predicaron los apóstoles! ¡allí San Atanasio, y San Basilio, y San Gregorio, y San Crisóstomo plantaron la fe, y confundieron y hollaron la herejía! Por lo que hace á la China y el Japon, su suelo está empapado con la sangre de los mártires de nuestro Señor Jesucristo. ¡Y cuán escaso es, con todo, el fruto de su gloria divina en estas regiones!

Echad asimismo una ojeada á lo largo del Mediterráneo, por las costas de Africa, donde más de cuatrocientos obispos tuvieron sus sillas, y recorred luego las vastas regiones de moros, cafres y hotentotes: internaos despues en las inmensas llanuras del Africa central, pobladas de legiones de tribus oprimidas bajo el pesado yugo de la más tiránica superstición, y cuyos soberanos derraman la sangre de tan infortunados vasallos en más abundancia que el agua que pueda verter éualquier africano. ¡Cuántas leguas de terreno donde nadie invoca á Jesus, ni conoce su santísima Cruz! En la América, así como tambien en Australia, gracias á los españoles é irlandeses, es conocido el Evangelio; pero cuántas tribus no existen todavía en semejantes países sumidas en la idolatría! ¡cuántos millones de herejes que llevan en vano el nombre de cristianos! Trasladaos ahora á la Europa, y contemplad las innumerables víctimas que ha devorado la herejía en sus hermosas regiones. ¡Rusia, Suecia, Dinamarca, Alemania, Escocia é Inglaterra

son todas más ó ménos su presa, y piérdense diariamente multitud de personas á la luz misma del verdadero Evangelio, y teniendo á su mano los santos Sacramentos! Tal era el cuadro que contemplaba San Lorenzo Justiniano cuando escribía su *Tratado sobre la Demanda de la Perfeccion cristiana*. Este cuadro era igualmente el que tenía el mismo Dios delante de sus ojos, al quejarse tan amargamente á Santa Catalina de Sena del poco caso que hacian los prelados y sacerdotes de su gloria, y de la tibieza y egoismo con que hollaban bajo sus plantas sus más caros intereses. ¡Oh qué vastísimo campo para hacer actos de amor de Dios! Recordad el día en que el misericordioso Criador contemplando su hermosa creacion, virgen y pura, la bendijo porque era toda buena; traed también á la memoria el día en que para renovar esa primera bendicion, ó mejor dicho, para bendecirlo de nuevo, fué Jesus enclavado en una Cruz sobre el Calvario. ¡Y este es el fruto! ¡y esta la correspondencia de los pecadores para con su Dios! Cuando recorremos con el entendimiento las diferentes provincias de mahometanos, infieles y herejes, y contemplamos con nuestros ojos el deplorable abandono en que se hallan esos infelices, ¡no nos sentimos movidos á ofrecer á Dios todos los actos de adoracion que le tributan los Angeles en el cielo, en reparacion de la gloria que dejan de rendirle esos seres desgraciados? ¡Y no acudirémos igualmente á los méritos de Jesus, á las virtudes he-

roicas de su sacratísima Madre, por siempre bendita, á los apóstoles, mártires, doctores, confesores y vírgenes, para suplir con devota intencion las alabanzas que debieran elevarse hasta el trono de la Divina Majestad desde el fondo del corazon de semejantes tribus y naciones?

3.º Otras de las prácticas es la de Baltasar Álvarez, confesor de Santa Teresa, la cual consiste en recorrer el mundo en espíritu, y visitar las innumerables iglesias y capillas donde se halla reservado el Santísimo Sacramento, y en las cuales son contadas las personas que acuden á adorar al Amado de nuestras almas:—«Las calles, dice, están llenas; pero las iglesias, vacías. La multitud corre presurosa tras sus intereses; mas ¡cuán pocos van á tratar con Jesus acerca de los suyos!»—San Alfonso con su habitual dulzura propónenos igualmente la muchedumbre de iglesias donde Jesus se ve obligado á vivir en medio del desórden, negligencia y suciedad, pasándose semanas enteras sin que nadie se acerque á visitarle. ¡Con qué actos de amor tan sencillos, tan variados, y al mismo tiempo tan tiernos, no podríamos derramar nuestro corazon ante nuestro Jesus adorable en todos esos desiertos santuarios! ¡Y será posible contemplar á Jesus en un abandono tan completo, sin que se enciendan nuestros corazones, y se deshagan nuestros ojos en lágrimas de tierna compasion? ¡Oh cuán agradable es á Jesus esta pequeña ofrenda de

sentimiento y afliccion! Gusta sobremanera que se acuerden de Él, como acontece á los amantes; y ninguna cosa es ruin á sus ojos siempre que se haga por amor suyo, porque el amor todo lo trasforma y engrandece.

No digo yo que desmayeis, como los Santos, al solo nombre de pecado: requiérese para eso una gracia especial y un abrasado amor de Dios. Algo, sin embargo, podeis hacer en reparacion y dolor de las culpas del humano linaje, y ese algo, por poco que sea, procurará á Dios una gloria inefable, y al corazon de nuestros hermanos una dulce consolacion.

SECCION V.

No hay verdadero dolor de las culpas ajenas sin un profundo pesar de las nuestras propias. Frutos espirituales del amor de compasion.

Pues, como ya llevo dicho, es preciso que no olvidemos dolernos de nuestras culpas personales, y dolernos de ellas, singularmente por ser ofensas contra un Dios infinitamente bueno y amable.—«Si nos condolemos de nuestros propios pecados, dice San Crisóstomo, disminuirémos su gravedad; lo que era grande se hará pequeño, y áun no raras veces lo reducirémos á la nada.»—San Basilio, exponiendo aquellas palabras: *Tú has trocado mi llanto en ale-*

gría añade:—«Dios no infunde su gozo en todos los corazones, sino solamente en aquellos que han deplorado sus culpas con un vivo dolor y llanto continuo como si lamentasen su propia muerte, porque semejante dolor trasfórmase al fin en gozo inefable.»—«Menester es que no perdamos nunca de vista nuestras propias culpas, repite San Crisóstomo, no tanto para que se nos perdonen, y quedemos enteramente limpios de ellas, si que tambien para llegar á ser más indulgentes y compasivos con nuestros prójimos, y servir á Dios con grande fervor, adquiriendo con semejante recuerdo de nuestras culpas un conocimiento más claro de la divina Bondad.»—«No dejeis, dícenos la Escritura, de temer por el pecado perdonado;»—y ciertamente, este temor es el preservativo más eficaz contra una nueva caida. No pocos Santos aseguran que, si supiésemos por revelacion que se nos habían perdonado todas nuestras culpas, todavía deberíamos dolernos de ellas; así lo practicó David, despues que se dignó el Señor hacerle dicha revelacion, y el apóstol San Pablo, aunque confirmado en gracia; porque semejante dolor es el alimento continuo de nuestro amor de Dios. San Odon, en su vida de San Gerardo, cuenta una cosa por cierto muy singular. Solía este siervo de Dios sentir despues de su conversion una grandísima compuncion por sus faltas las más ligeras, igualmente que Santa Paula, segun el testimonio de San Jerónimo. Pues bien; reve-